

Marco pastoral actual. **¿Qué Parroquia para este tiempo?**

Mons. Enrique Eguía
Obispo Auxiliar de BsAs

Continuidad y novedad de Francisco en “*Evangelii gaudium*”

1. Dimensión misionera de la identidad cristiana

“Vayan y hagan discípulos...” enseñó Jesús, y fue la recomendación a sus propios discípulos dándoles un sentido a su vocación de seguirlo a Él. Así la Iglesia lo viene haciendo desde aquellos tiempos, buscando (en especial a través de la catequesis) que sean muchos los que amen y sigan a Jesús.

La insistencia de Francisco expresada en *Evangelii Gaudium*, agrega como nota esencial otro aspecto, ya que hoy habría que decir también “vayan y hagan misioneros...”

Si hasta ahora no es fácil acompañar la vida de nuestros hermanos para ser discípulos con una experiencia de pertenencia a la Iglesia, ¿cómo hacemos para acentuar una dimensión misionera, que desde el encuentro con Cristo y su pertenencia a la Iglesia, todos transmitan su experiencia a otros? ¿Qué sería lo original o novedoso para que nuestra tarea evangelizadora en la parroquia se transforme en misionera?

Para responder a esto tenemos que tomar conciencia que la propuesta de Francisco no viene aislada, sino que es la evolución de un camino que el Espíritu Santo viene suscitando en la Iglesia desde hace algunos años.

Si bien muchos encuentran en él aspectos presentados por Juan XXIII (su cordialidad, su estilo “párroco de todos”, la insistencia en el CV II...) y también en Pablo VI (su lenguaje catequístico y sencillo - *Evangelii Nuntiandi*; *Gaudete in Domino*-, la implementación del CV II, etc...), nos detendremos en ver la novedad en la continuidad que el Espíritu Santo viene impulsando a través del itinerario pastoral de Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora Francisco, desde los comienzos del tercer milenio en adelante.

2. Juan Pablo II: la espiritualidad de comunión

En el año 2001 Juan Pablo II propuso, al terminar las celebraciones por los 2.000 años del nacimiento del Redentor, un camino centrado en una “espiritualidad de comunión” que debía partir del mandamiento del amor y tenía como referencia las relaciones de las personas de la Trinidad, relaciones de amor.

Para Juan Pablo II, la llegada del tercer milenio, no significaba solamente un cambio de fecha, era la oportunidad de un nuevo desafío evangelizador. Así entonces a través de los años de preparación desde 1994 con la Carta Apostólica *Tertio Millenio Adveniente* y la posterior reflexión y propuesta programática en *Novo Millenio Ineunte*, del año 2001) deja en claro la importancia pastoral de la celebración de los 2000 años del nacimiento del Redentor y su horizonte de esperanza hacia el futuro.

El centro de este programa pastoral está definido en los números 42 y 43 de NMI: « En esto conocerán todos que son discípulos míos: si se tienen amor los unos a los otros » (*Jn 13,35*). Si verdaderamente hemos contemplado el rostro de Cristo, queridos hermanos y hermanas, nuestra programación pastoral se inspirará en el «mandamiento nuevo» que él nos dio: «Que, como yo los he amado, así se amen también ustedes los unos a los otros» (*Jn 13,34*).

Y se define y se hace visible en la propuestas de “Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*”: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. ¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.”

El programa pastoral queda definido. La importancia del amor que toca las relaciones personales. La fe se juega en el vínculo con los demás y por lo tanto la misión o evangelización necesita asentarse en relaciones personales de amor por Dios y los demás. Poniendo como centro el mandamiento del amor la fecundidad pastoral debe encontrarse en promover y crear comunión en todos los ámbitos. Juan Pablo

El estaba tan convencido de este horizonte pastoral que lo propone como camino necesario para “el milenio que comienza”. Esta era la fuerza irresistible de su fe y su confianza en Dios y su amor.

Pero poco tiempo debe haber durado su entusiasmo. Una prueba de fe profunda y honda debe haber tomado el corazón de Juan Pablo II. La carta con este programa pastoral está escrita en enero del 2001. En septiembre del mismo año la caída de las torres gemelas y una nueva guerra, que podía extenderse a nivel mundial, ensombrecían a la humanidad.

¿Qué se habrá preguntado Juan Pablo? ¿No era el año 2000 una oportunidad para vivir más en el amor? ¿Acaso la propuesta de amor del Evangelio debía naufragar en el fracaso? ¿Cómo medir la fecundidad de la tarea pastoral? ¿El odio y la guerra venían a burlarse del Evangelio y demostrar que es sólo una ilusión?

En esos días y noches de oración Juan Pablo II debe haber vivido una de sus noches oscuras más profundas. Su noche oscura pastoral.

En octubre del año 2004, cuando ofrece a la Iglesia dedicar un año a la Eucaristía, él mismo relata lo que vivió en esos días. En la Carta Apostólica “*Quédate con nosotros*”, dedicada al año de la Eucaristía, nos dice: (Nº 6) “Hace diez años, con la *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), tuve el gozo de indicar a la Iglesia el camino de preparación para el *Gran Jubileo del Año 2000*. Consideré que esta ocasión histórica se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así un panorama que, junto con perspectivas alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba muy convencido —y lo estoy todavía, ¡más que nunca!— de trabajar «a largo plazo» para la humanidad.”

Conmueve la fe y esperanza pastoral de Juan Pablo. Con razón Benedicto XVI habla de la “fuerza de un gigante”. Débil y anciano deja en claro que jamás hay que darse por vencidos en la tarea pastoral. Que aunque el desánimo o la “sensación de fracaso” nos invadan, las fuerzas de la fe y del amor son más fuertes. Que el mal no es la confirmación de que el Evangelio queda vencido, sino el desafío para que el amor se haga más presente todavía. La única diferencia es el “cuándo” de los resultados. El Papa Beato nos dice que hay que despojarse de los resultados inmediatos, hay que trabajar a “largo plazo”. Con esperanza, sembrando...

3. Benedicto XVI: la fe en la vida del creyente

Benedicto XVI continúa con la misma línea pastoral. Lo deja en evidencia al proponer su primera Encíclica bajo el título “Dios es amor (caridad)” en diciembre de 2005. Desarrolla allí un estudio sobre la terminología desde la perspectiva “qué decimos cuando decimos amor”, analizando los matices del amor ágape y al amor eros. En su segunda parte presenta situaciones muy concretas vinculadas al “ejercicio de la caridad como tarea de la Iglesia” y el “perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia”.

Para él la evangelización requiere de cada cristiano un fuerte testimonio personal. La fe, no es un conjunto de ideas, es un modo de vivir que toma la persona completa del cristiano y es reflejo de una relación personal de amor por Cristo. Por eso su proyecto pastoral lo podemos encontrar en la insistencia de presentar al mundo testimonios personales de fe. Durante casi cinco años nos presentó cada miércoles la vida de un santo, en su enseñanza catequística. Comenzó con los Apóstoles y continuó con la primera generación post apostólica, los santos padres, los grandes santos de la edad media y terminó con la presentación de la vida y el testimonio de Santa Teresita. Al mismo tiempo propuso celebrar dos años pastorales centrados en la figura de San Pablo y el Santo Cura de Ars (Año sacerdotal).

La propuesta de la celebración del Año de la fe se basó en recuperar “la alegría y el entusiasmo de creer en Cristo.” Con esto nos invitó a fortalecer el vínculo personal con Cristo y testimoniarlo con alegría. Recordemos que Benedicto ya había propuesto un camino de fe desde esta perspectiva: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” DeC Nº 1.

Cuando inaugura la Asamblea de Obispos de Latinoamérica en Aparecida, que define claramente la estrecha relación que hay entre el discipulado y la misión, ubica la experiencia de fe en el marco de la pertenencia a la Iglesia, definiéndola como “familia” (lugar de relaciones y encuentros personales en el amor) diciendo: “Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal,

encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás”.¹

Así la fe libera del aislamiento del yo (la soledad y la exclusión) y ubica en un espacio de pertenencia. Fundamentalmente una pertenencia a la familia de Dios. Por ello, en la experiencia pastoral con el pueblo de Dios, es importantísimo el bautismo, porque la gente va a bautizar a su hijo y con esto siente que lo “metió” en la familia de Dios.

4. Francisco: la fe como luz de la vida del creyente

Por todo esto no sorprende que Francisco, tomando textos escritos por Benedicto, en un camino de profundidad continuidad en el cambio, haya enseñado en su primera encíclica “Luz de la fe”: “Si queremos **entender lo que es la fe**, tenemos que narrar su recorrido, el camino de los hombres creyentes...” (LF, 8). Es que la Fe tiene un arraigo tan grande en la vida de la persona creyente, que la toma por entero iluminándola: “La fe como don sobrenatural, se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo.” (LF, 4). La fe otorga un horizonte de sentido y ubica la vida del creyente en una relación constante entre pasado y futuro: entre la memoria del llamado de Dios y la confianza en la futura promesa. Pasado y futuro de unen de una manera consoladora y esperanzadora, iluminando el presente.

La fe se sostiene en el recuerdo de un amor tan grande de Dios que nos llama para ser sus hijos. Y también se sostiene en la confianza (no se puede dudar de su amor!!!) segura en que Él no nos abandona y cumplirá sus promesas, aunque nos haga esperar...

5. La alegría de evangelizar

Como vemos en los tres último Papas y en su magisterio hay una fuerte insistencia en vivir una fe que surge de una experiencia de encuentro con Cristo, que toma la propia persona, ya que me pone en relación personal con Él, y que a través de la comunión con mis hermanos vivo y crezco en el amor. Esta experiencia de fe en la Iglesia me da un sentido de pertenencia que hace posible que me sienta en la “familia de Dios”. Una fe que ilumina toda la vida, haciendo de esta un camino, un recorrido que tiene horizonte de sentido.

Hasta ahora no hemos hablado de los contenidos de la fe, sino de su experiencia y lo que provoca: alegría, iluminación, pertenencia, familia, liberación del aislamiento y la soledad, comunión, entusiasmo, totalidad, cercanía, relación, encuentro... Pareciera que estas actitudes, que surgen del encuentro con Cristo, son el presupuesto básico para el conocimiento de los contenidos de la fe, los que hacen posible decir que la propia fe es católica y eclesial.

La adhesión a las verdades que enseña la Iglesia define el camino de una fe eclesial y verdadera. Por algo Benedicto al presentar el Año de la fe, los hizo con el documento “Porta fidei”, la puerta de la Fe. La fe es la puerta que nos lleva al descubrimiento de Cristo para amarlo y conocerlo. Insistirá en volver a las enseñanzas del CV II y del CatC para poder dar razones de la fe que uno vive, en medio de un mundo que presenta el relativismo como única norma de sentido. Francisco destaca esto también en EG 160/161, pero dándole un lugar privilegiado a la “formación en el amor”.

La nueva evangelización, con una Iglesia transformada desde una perspectiva misionera, requiere tener en cuenta todos estos aspectos que el Espíritu Santo viene suscitando en estos últimos años. La identidad misionera (hacer discípulos y misioneros de Cristo...) no se enseña solamente organizando metodológicamente misiones programadas. Se enseña desde una experiencia de comunión, en la lógica del mandamiento del amor, en la insistencia de la importancia de las relaciones personales (“el otro es un don para mí” JP II, NMI 43), en “entender la fe” a partir de testimonios de fe (los santos), en vivir la Iglesia como familia, y sobre todo en la centralidad del encuentro con Cristo en especial a través de la Palabra de Dios (“lugar de encuentro con Cristo”, cfr. Aparecida) Y esto, sobre todo, lo tienen que descubrir en el/la catequista: la alegría de creer en Cristo.

6. La misión como expresión de la misericordia de Dios

A un año de la elección del Papa Francisco, podemos encontrar algunas insistencias, a través de sus gestos, sus homilias y sus escritos, algunos matices que son propios de su ministerio. Los podríamos sintetizar en dos expresiones: **la misión y la misericordia**.

La actitud misionera, concepto apropiado en las Conclusiones de Aparecida, va estrechamente unida a la identidad del cristiano. Y la renovación pastoral y estructural de la Iglesia debe tener como fundamento

¹ Benedicto XVI, Discurso Inaugural, nº 3, párr. 4

esta orientación. La conversión pastoral y la transformación de las estructuras caducas, serán posibles si son guiadas y tocadas por esta dimensión misionera.

Pero, para que el impulso misionero no quede simplemente en un esfuerzo funcionalista, el Papa Francisco deja en claro que la misión tiene como fin mostrar la misericordia de Dios, es decir el tesoro que está en el corazón de la Iglesia.

La clave de la renovación de la Iglesia es la “conversión pastoral”, que no es otra cosa que ir hacia Jesús y el Evangelio, sin caer sólo en soluciones funcionalistas. De este vínculo con Jesús brotan dos actitudes pastorales prioritarias para el Papa Francisco: **cercanía y encuentro**. (cfr. EG N° 171)

La prioridad de estas actitudes viene por el hecho de ser expresiones del mandamiento del amor a Dios y al prójimo. Francisco deja en claro que de aquí surge la misión, que es llegar a todos. Amar de verdad nos lleva al encuentro con el otro para compartir la alegría de creer en Cristo.

Una Iglesia misionera con estas características se refleja ante todo a través de una “pastoral de la misericordia”. Esta es un servicio de la maternidad de la Iglesia. El tiempo de la misericordia acompaña a la Iglesia misionera y la debe preceder. El Papa nos hace un llamado a crecer en una pastoral de la misericordia animando a nuestro pueblo en la esperanza. Ser misioneros desde la misericordia, yendo al rescate del herido. Más que preguntarnos qué debemos hacer, tendríamos que preocuparnos qué debemos ser.

La misericordia tiene en sí misma un movimiento de salida (misionero), ya que es un amor que, descubriendo lo que el corazón sufriente del hermano siente (-cordia, cordis=corazón; miseri= miseria, debilidad), sale de sí mismo para acompañar y ayudar, para sanar y curar, para salvar (el buen samaritano). Dios es misericordioso, porque al escuchar el “clamor de su pueblo” sale de sí mismo en Cristo (“habita entre nosotros”) para redimir.

Este tiempo misionero nos llama a no quedarnos solamente en los aspectos de organización y funcionalidad de la Iglesia, sino también en mostrar su corazón (misericordia). Siguiendo aquí las huellas trazadas por Santa Teresita que encontró su vocación y lugar en la Iglesia al decir: “en el corazón de la Iglesia, yo seré el amor”.

La misericordia es la gran novedad enseñada por Jesús, que hoy debemos mostrar y enseñar nosotros. Este estilo misionero cercano, misericordioso y pobre, debe impregnar toda la pastoral. La categoría de “encuentro” nos tiene que llevar a priorizar en la pastoral toda acción misionera que implique relación con el otro. Todo agente de pastoral debe asumir este estilo misionero, cercano y misericordioso y hacerlo presente en su oración, su formación y su acción pastoral.

La imagen de María presentada por Francisco en EG la deja como modelo de lo que debe hacer la Iglesia en este tiempo misionero y misericordioso. Dice en el N° 286: “María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos **pobres pañales** y una montaña de **ternura**”.

Por lo tanto, podríamos definir sintéticamente el aporte del Papa Francisco con este binomio: la Iglesia evangeliza amando (misericordeando) y cuando ama y es misericordiosa, la Iglesia evangeliza.

7. Conclusión: la parroquia misionera y misericordiosa

Al pensar la parroquia en este contexto y marco pastoral actual, tenemos que hacerlo en el desafío de responder a estas dos grandes insistencias del Papa Francisco en esta hora de la tarea evangelizadora de la Iglesia.

Hay que pensarla entonces como una comunidad que forme discípulos misioneros de Cristo, desde un encuentro personal con Él y con una fuerte experiencia de “envío”. Pensar una parroquia que en todas sus actividades pastorales se organice “en salida”.

Por otro lado la nota característica de esta comunidad debe ser la de la misericordia. La fe se hace creíble cuando se expresa en el amor. La organización de la caridad y la experiencia comunitaria fraterna y en orden a una “cultura del encuentro” tendrán que hacerse visible en especial a través de la preocupación y el compromiso con los más solos, débiles y pobres.